



A. PEYDRÓ.

DECENARIO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Año 1

Lorca 10 de Enero de 1896

Núm. 2

SUMARIO

La cinta del soldado, por D. José Men-
ción.—Al ejército expedicionario de Cuba,
por D. Luis Gabaldón.—Mi siglo, por don
Antonio López Galindo.—Tristezas, por don
A. Fernández Cerdán.—El Análisis espec-
tral, por D. G. Perán Caro.—La madre, por
don Jesús Cánovas.—Mesa revuelta.

La cinta del soldado

Entre encendidos arreboles espiraba una fría tarde del mes de Febrero; el sol se ocultaba tras los breñales de la sierra, y á lo lejos parecían tristísimos fantasmas los nevados picos del Peñón de los Ciervos, débilmente iluminado por los últimos melancólicos rayos del día.

Los campesinos regresaban á sus hogares; los monteros descendían por las veredas de la sierra; las esquilas de los rebaños sonaban por todas partes; largos penachos de humo comenzaban á salir por las chimeneas de las modestas viviendas, que como temiendo la soledad de aquellos campos, se habían agrupado en la pequeña llanura que forma

ba la cordillera de los Riscals, junto á la ermita de Nuestra Señora del Valle: las últimas campanadas del Angelus hendían el espacio, cuyos misteriosos ecos se perdían en las heladas ráfagas del aire que conducían las sombras de la noche.

A la entrada de la Aldea Nueva, como llaman á aquél grupo de casas los labradores de las cercanías, hay una pequeña alameda de álamos blancos, á cuyo pie corre un arroyuelo de cristalina corriente, que desde la sierra baja saltando de peña, en peña cubierto de caprichosa espuma, que salpica las escondidas violetas de sus márgenes. Al final de la alameda se encuentra la primera casa de la aldea, la más grande de todas, cuyo dueño, por el aspecto de su vivienda, parece ser el más acomodado de sus convecinos, pero si no el más acomodado, indudablemente el tío Francisco era el más honrado y el más trabajador de todos: con su mujer y sus hijos se encontraba alrededor de la anchurosa chimenea de campana, en la que ardía el ramaje de los enebros, cuando un ¡Ave María! resonó en la puerta de la casa, contestando á coro con un ¡Sin pecado concebida! mientras que Antonio, el novio de Dolores, la hija única del tío Francisco, dejaba sobre el poyo de piedra de la cocina su manta morellana en la que campeaban algunos copos de blanca nieve.

—Acércate á la lumbre—dijo el dueño de